

CRÍTICA DE LIBROS

KEWES S. KAROL: *China, el otro comunismo*. Traducción al español del original francés por Francisco González Aramburu. México, Siglo Veintiuno Editores, S. A., 1967, XI, 521 pp.

La actual posición de China y la que tendrá mañana en la escena mundial apenas es discutible. A menudo se ha dicho, aunque el hecho es difícil de asimilar, que China tiene una quinta parte de la población mundial. Sus políticas son preocupación permanente de la U.R.S.S. y de los Estados Unidos. A pesar de esto, es el país del que menos sabemos en occidente.

La China de hoy puede ser distinguida mejor a la luz de la China de ayer.* Esto puede sorprender a algunos de nuestros lectores, pero una de las consecuencias de nuestra ignorancia sobre China es que algunas creencias basadas en observaciones superficiales se convierten en dogmas. Una de esas creencias, firmemente arraigada en la actualidad, es la de que los chinos, en 1949, llevaron a cabo un repudio total de su pasado; en pocas palabras, dejaron de ser chinos para convertirse en comunistas de la noche a la mañana. Y es sobre tales dogmas que se erigen políticas. El razonamiento detrás de esa conclusión es falso. Todos los pueblos, marxistas y no marxistas son, consciente o inconscientemente, creaciones de su pasado, y no hay pueblo alguno tan homogéneo, tan ligado por lazos culturales, tan unido en el sentimiento de su unicidad esencial, como el pueblo chino. Esto es tan cierto ahora como lo fue hace dos mil años, en su época clásica. Más aún, se puede demostrar que no es verdad que la China actual haya siquiera intentado repudiar su pasado. En ninguna época antes habían florecido tanto los estudios históricos en China como ahora. La literatura y cultura chinas son cultivadas con más asiduidad ahora que en otro período histórico. No imaginar siquiera esto es desconocer las energías y el dinamismo del nacionalismo chino que está empujando a su pueblo a nuevas marcas de resistencia física al construir la nueva China.

* W.A.C.H. Dobson, "Understanding China", *Varsity*, University of Toronto, Spring 1967.

En esta hora de la “revolución cultural” y de “las guardias rojas”, lo que China hace es justamente revisar su pasado. Pero no con el ánimo ni la intención de repudiarlo, sino de contemplarlo y acercarse a su estudio desde puntos de vista diferentes y nuevas teorías; y en ese sentido se puede decir que China se ha venido revisando desde 1927.

Esta revisión no necesita ser, forzosamente, de acuerdo con un sistema de medidas y valores al gusto occidental para ser aceptada y comprendida. Tampoco aplica necesariamente las teorías de Marx —después de todo occidentales—, en su revaloración. China tiene, y ha tenido siempre, sus propias medidas.

Un gran número de las realidades contemporáneas de Pekín son tan desconcertantes para un experto en marxismo, que examina todo a la luz del pensamiento marxista, como sería desconcertante escuchar a un tibetano explicar la realidad mexicana sobre la base de un conocimiento teórico de la teología cristiana. Esto no es negar que el régimen actualmente en el poder en China es comunista y marxista. Los dirigentes chinos son los primeros en insistir que así es. Pero un dogma político y económico como el marxismo, que evoluciona en un medio, y se desarrolla a partir de ciertos hechos del comportamiento económico y sociológico occidental, cuando es injertado a una sociedad tan diferente como la sociedad china y se expresa en una lengua tan remota a las occidentales como es la lengua china, los resultados pueden ser los de una hibridación extraña.

China, comunista u otra cosa, es un mundo cultural aparte del mundo occidental, un mundo al que es absolutamente imperativo entender, para entender el por qué de esa situación aparte. En el esfuerzo que urge hacer para ese entendimiento, el libro de Kewes S. Karol es una ayuda imprescindible. No solamente es el suyo el relato de sus andanzas periodísticas y de sus observaciones de la realidad china durante su estancia como invitado del Gobierno chino de aquel país, sino que también es —y aquí está el verdadero valor del libro—, un análisis razonado de esa realidad. En el prólogo a esta edición mexicana, Karol propone lo que después ofrece en su texto: a saber, un análisis matizado de “fenómenos profundos y complicados”, y no una descripción de “las batallas políticas en forma de una lucha a muerte entre las personas”. Esto ya de sí ofrece la garantía de un examen ponderado y sereno de la situación.

El autor divide su libro en seis capítulos, cada uno con un título bien escogido y subtítulos sugerentes. Lo completa con una pequeña cronología sumamente útil y algunos anexos entre

los que se encuentran los textos de las entrevistas con Chu En-lai y con el mariscal Chen-yi.

El balance general que se obtiene de la lectura de este libro es, contra la opinión tal vez de muchos lectores, que no se trata, de ninguna manera, de "un alegato en favor de China", ya que el autor explica "en ningún momento he ocultado las realidades que me disgustaron". Al dar este testimonio, que por lo demás se puede encontrar en el libro mismo, el autor queda libre de toda sospecha de sectarismo de que se le pudiera acusar. Pero por si aún quedara alguna duda, Karol dice en su capítulo primero: "Estoy convencido de que la Revolución china ha llevado la dignidad y la esperanza a los chinos, pero no lo estoy menos de que toda revolución tiene necesidad de críticas como el hombre tiene necesidad del aire para respirar...", (p. 41). Y añade casi inmediatamente, "Pero para poder criticar con utilidad ciertos aspectos de la política china es necesario partir de las realidades en las que se mueve, y no de prejuicios y de informaciones tendenciosas." El libro es, pues, un intento bien intencionado y muy afortunado de explicar la realidad china.

Quizá en la parte en que Karol muestra más su capacidad de análisis político es en el capítulo sexto: "China y el mundo". Este es, a mi modo de ver, el capítulo más interesante del libro, ya que muy acertadamente combina informes y puntos de vista no siempre tenidos en cuenta cuando se ha tratado de explotar el aspecto de las dificultades entre China y la U.R.S.S. sobre el asunto de sus fronteras, o sobre el asunto principal de la escisión ideológica entre ambos. Las bases de los razonamientos de Karol en cuanto a esa peculiar situación entre los dos "grandes" del comunismo se encuentran, naturalmente, en el repudio oficial que hizo la U.R.S.S. de las prácticas stalinistas en el famoso "informe secreto" de Jruschov ante el XXI Congreso del Partido Comunista. Al hacer aquello, y al condenar ante el movimiento comunista mundial toda una política, Rusia se colocó del lado de los "revisionistas", y dejó del otro lado al único país que, desde entonces, se cree heredero directo y depositario único de la ortodoxia marxista-leninista-stalinista-maoísta: China.

El título del libro no puede ser mejor: "... , el otro comunismo". Ya no se puede hablar de monolitismo comunista. Si bien la base dogmática o doctrinal permanece inmutable (cosa que también es de dudarse), ha sido la exégesis práctica de esa base la que obligó la fragmentación y creó los matices. La gama en el mundo socialista, que clama la unidad de creencia, es múltiple y variada; ya desde las tintas difusas de las de-

mocracias populares de la Europa oriental, a los oscuros tonos de la República Popular China. El color dominante, sin embargo, sigue siendo el rojo. Karol tiene mucha razón al explicar que en la lucha por la supremacía de los bloques político-económicos de nuestro mundo, en que Estados Unidos esgrime la dirección de la democracia capitalista y Rusia la jefatura del socialismo, ha surgido un tercero en discordia: los países en vías de desarrollo, el tercer mundo, que a escala mundial aún no tiene un caudillo ni una doctrina. Es ese el papel que China aspira a representar, y por ello se obstina en demostrar a toda costa a los países subdesarrollados, encerrados en el dilema de dos alternativas, que hay una tercera preferible, y que sí es posible que un país que arrastra consigo el cuerpo muerto de una larga y dolorosa explotación extranjera, puede desprenderse de ese lastre y construir sin ayuda de nadie, y más bien contra la voluntad de todos, una realidad lo suficientemente tangible para arrebatar en su favor a seiscientos cincuenta millones de hombres.

Para los pueblos que han visto transcurrir su historia en una lenta existencia pareja en el despojo, hay un incentivo fácil y de gran atracción: la promesa del reino de la tierra. Esa promesa no puede hacerse si no es mostrando la realidad de su existencia, y el hecho innegable de que sólo es posible lograrlo mediante la violencia. No hay mucho que perder, todo se puede ganar. Frente a la actitud conservadora de la coexistencia pacífica, Mao opone la revolución permanente. Una especie de simbiosis doctrinal de Trostky y Stalin; en definitiva, el producto de una asombrosa realidad: China y el lugar que reclama entre las naciones.

Se puede o no estar de acuerdo con las conclusiones de Karol al cerrar la lectura de su libro. Pero no se puede negar que constituye otra clarinada de atención sobre lo que pasa en China. El lector, y el mundo occidental en su conjunto, para juzgar a China debe recordar que, a pesar de todo, China no trabaja sobre las bases de premisas marxistas exclusivamente, sino también con las que le da su historia antiquísima y real en experimentos en "el arte del gobierno de los pueblos", que se trata de "otro comunismo" distinto del que se presenta en otros frentes, y que, por lo tanto, donde sí debemos estar de acuerdo es en tratar de entender esa realidad de la China actual. Pero en esto, desgraciadamente, no se insiste bastante.

OMAR MARTÍNEZ LEGORRETA,
de El Colegio de México